

La conquista de Asia

AGUSTÍN REMESAL
PERIODISTA



Hay ríos que nacen en la cumbre de altas cordilleras jamás profanadas por la huella del hombre, predestinados por los dioses de la naturaleza virgen para descender al llano y marcar con la desgracia o la prosperidad a quienes habitan sus orillas. Así es el Ganges, río sagrado cuya barrera acuática se interpuso ante los ejércitos de Alejandro Magno, cuando el emperador macedonio estaba a punto de cumplir un sueño antiguo alumbrado por los más lúcidos y ambiciosos generales griegos: la conquista de Asia rica y misteriosa. Aquella batalla de Hidaspes (326 A.C.), librada por Alejandro en su ruta triunfadora hacia la India profunda desde Oxiana y Samarcanda, marcó una de las más fastuosas epopeyas del arte de la guerra, en la que tuvieron parte principal las mesnadas de elefantes del derrotado rey Poros. El prudente Alejandro no se dejó cegar por la victoria y abandonó su campaña en vista de la debilidad de sus soldados, exhaustos y amedrentados ante la barrera imponente del Ganges cercano. Así se aplazó el primer intento de conquista de Asia desde la vieja Europa

La fascinación europea sobre el lejano oriente ha pervivido desde entonces en los planes ambiciosos de los monarcas, en la avidez de los mercaderes, en la curiosidad de los sabios y en al ansias de expansión misionera. Por mar y por tierra, los predicadores, los pioneros de las rutas de la seda y de las especias y las naves conquistadoras despachadas desde la Europa culta y cristiana han dado asalto desde hace más veinte siglos al enigma asiático, sin reparar en otros intereses que no fueran la salvación de las almas, el beneficio mercantil y el provecho de algunas utilidades científicas allí encontradas. En esa larga crónica de estruendos bélicos y de diplomacias ambiguas entre los poderes de los dos continentes separados por la frontera terrestre más larga del mundo, merece un capítulo principal el éxito dispar que allí obtuvieron las dos religiones monoteístas (islamismo y cristianismo), en su empeño por ganar el territorio de las creencias milenarias allí arraigadas (hinduismo, budismo, confucianismo y taoísmo). El triunfo del islam ha sido aplastante: 1.100 millones de musulmanes y apenas 250 millones de cristianos viven en Asia, de los cuales solo la mitad son católicos.

El gran dragón asiático se alzó siempre furioso frente a esa invasión, desde la llegada a las bocas del Ganges de los misioneros cristianos el año 1617, un grupo de frailes agustinos portugueses dispuestos a ga-

nar para la fe católica a los hinduistas del reino de Bengala. Pronto se instalaron ellos con fervor creciente y ansias de martirio, persuadidos de la perfidia que nutren allí las herejías y las supersticiones, en Dacca, la capital del reino mongol de Bengala. Allí llegó el jueves pasado el papa Francisco, el jesuita que no pudo ser antes misionero y ahora se empeña en predicar el nuevo evangelio de la paz y la dignidad humana en aquel fin del mundo, cuya alma profunda logró descifrar su antecesor en la Compañía de Jesús, el matemático y cartógrafo Matteo Ricci.

Dacca, hoy capital de Bangladés, es un conglomerado urbano donde viven casi treinta millones de personas. Allí el papa Francisco acaba de iniciar una nueva reconquista del continente asiático bien distinta en las forma e intenciones a las de aquella épica cristiana de hace cuatro siglos. La estrategia de la convivencia se impone a la intransigencia dogmática en este nuevo impulso misionero promovido desde Roma. Solo uno de cada mil ciudadanos de Bangladés es católico, y esa proporción alcanza apenas el 3% en el conjunto de los casi 4.000 millones habitantes de Asia.

La agenda vaticana de los viajes papales inaugurada por Juan Pablo II ha dado un vuelco copernicano en los propósitos y en la cartografía. Durante los veinte años activos de su pontificado, el Papa polaco viajó siete veces a Asia y solamente una su sucesor Benedicto XV, el último Papa europeo que esperaba recobrar el viejo continente y su poder para reevangelizar con su influencia histórica al mundo entero. El papa Francisco regresa a Asia (ya visitó Corea, Filipinas y Sri Lanka) porque allí puede florecer una nueva primavera para la Iglesia católica. La prosperidad económica de algunos países (China, Corea, la India) no logra todavía bo-

rrar las sombras del pasado ni la miseria de buena parte de la población; pero esos son factores antagónicos que permitieron la expansión del catolicismo cuando los regímenes dictatoriales levantaron la muralla. Derribar sigilosamente el «telón de bambú» parece ser la nueva estrategia asiática del Vaticano.

En mayo de 1986, el avión en el que viajaba Juan Pablo II desde Seúl a Port Moresby /Papúa-Nueva Guinea) sobrevoló el territorio de la República Popular China. Con la oportunidad que usaba hábilmente en la transmisión de sus mensajes y emociones, el papa Wojtyła se presentó en la cabina de pasajeros ante los periodistas que le acompañábamos en aquel largo periplo asiático, el segundo a aquel continente con los que inauguró su pontificado. Derribar el telón de acero (ocho viajes hizo a su Polonia natal, afinando una y otra vez el punto de mira) parecía por entonces su único objetivo estratégico a escala mundial. Pero allí abajo estaba China, la inmensa grey humana a la espera de salvación... -¿Cuándo podrá pisar tierra china?, le pregunté. -Sigamos rezando y esperando, porque ese día habrá de llegar, respondió. Luego le hablé del agustino padre Vicente Avedillo, mi tío, misionero en Changde (Hunan) durante 43 años, expulsado por el régimen comunista en 1953. Aún no se ha escrito la crónica de esa epopeya misionera que convirtió al catolicismo a unos cinco millones de chinos. Hoy esa estadística, impulsada por el entendimiento del Vaticano con la llamada «Iglesia patriótica» y el resultado de una diplomacia encubierta, triplica esa cifra que corresponde apenas al 1% de la población de China, probable primera potencia mundial antes de medio siglo. Como en el Vaticano, allí también la historia se mide por milenios.

NIK



CARTAS AL DIRECTOR

La agricultura

El total de hectáreas de terreno por el que se extiende Castilla y León es de 9.422.200 hectáreas, de las cuales 4.953.493 son de secano, y 1.123.247, de regadío. El resto se emplean en otras tareas. Más o menos, según nuestro gran hermano, Internet. Con todo este terreno no se entiende cómo no se da más importancia a la agricultura, ya que la mayor parte del territorio de esta comunidad se dedica a dicha actividad. Castilla y León fue la despensa del Imperio Romano. Qué inteligentes estos romanos, enseguida se dieron cuenta de que una comunidad cuyo terreno es en su tercera cuarta parte de cultivo había que explotarla. Pues no. La agricultura no nos interesa. Pensamos que los productos que venden en los supermercados están ahí sin haber pasado por el sector primario. No señores, vienen del sector primario. Sin la agricultura no podemos subsistir. Cuidémosla. No necesita subvenciones que ningún agricultor quiere. Que el resto de la sociedad crítica con la frase «los agricultores viven de las subvenciones de Europa». No señores, los agricultores viven de su trabajo, de labrar esa tierra que luego produce los productos que sirven de base a nuestra alimentación y a la de nuestros animales. Si con los precios de los productos agrarios no se mercadea y toda la ganancia no se la llevaran aquellos que no los trabajan, no se necesitarían ayudas. Sin agricultura no hay vida, y sin los agricultores que trabajen esas tierras, tampoco. El sector primario de cualquier sociedad se llama así porque es el primero, el que la mantiene. **ENAR RUBIO**

Luz al final del túnel

No es probable que cuando se redactó la Constitución se pensara en que los partidos nacionalistas fueran determinantes para la gobernabilidad de España, sino que se les quiso dar un acomodo en la política nacional, con su inclusión en el Parlamento de la nación, con el fin de tener en cuenta y asumir las diferentes sensibilidades regionales; pero después de 40 años se está demostrando que no es así. Estos partidos usan su presencia en el Parlamento nacional fundamentalmente para presionar al Gobierno de turno, aprovechando las ventajas que les da la ley electoral con la proporcionalidad de sus votos y conseguir más escaños que otros partidos con representación nacional.

Modifíquese la ley electoral y que todos los partidos tengan las mismas posibilidades, y se tengan que presentar en todas las provincias de España, que siempre será más fácil que cuidar de la Constitución, aunque sin excluir esta; hágase del Senado una Cámara de representación autonómica, y que estos partidos puedan ejercer sus funciones y derechos, si así lo deciden es esta Cámara, y a lo mejor se empieza a ver un poco de luz al final del túnel, y, sobre todo, todos ju-

garemos el mismo partido y con las mismas reglas.

MIGUEL ÁNGEL TORINOS

A menudo, nada es lo que parece

La supuesta realidad que apreciamos no es tan objetiva como a primera vista parece, pues tiene muchos matices, prismas distintos desde los que nos informamos y pensamos. Leer entre líneas por tanto es fundamental, pues debido a nuestro condicionamiento estamos a menudo bastante cerrados a ver algo distinto de lo que pensamos. Nos cuesta trascender nuestros límites mentales y encontrar la verdad por encima de las cosas, cosas a menudo superficiales de la vida que, lejos de unir, nos separan y derivan así hacia otros intereses. Es más, solemos comprobar tarde cómo esos que pensábamos 'nuestros intereses' no lo eran tanto, y cómo nos alejaban de ese paraíso común que prometían. Vivimos un tiempo vacío de palabra, de falta de respeto hacia la misma y su verdad, que no está más allá, ni acá, que cuidar su completo cumplimiento. Una época donde hay que navegar con cuidado por el río de la vida y consultar con frecuencia nuestra brújula, la única que, por encima de nubarrones y tempestades, nos permite siempre conocer si navegamos a destino.

GERARDO HERNÁNDEZ

El firmante debe estar identificado con su DNI, dirección y número de teléfono.

Correo electrónico: cartas.nc@elnortedecastilla.es